



MEDICAMENTA



S U P L E M E N T O I N F O R M A T I V O

Se publica todos los sábados • Editado por el Instituto Farmacológico Latino, S. A. • Sección de Información Científica y Propaganda • Redacción y Administración: Ríos Rosas, 57 - Apartado 160. Central telefónica 253 93 00 - Madrid

TOMO XXXVII

MADRID, 16 DE JUNIO DE 1962

NUM. 129

Depósito legal: M. 1.052.—1958

• TRIBUNA LITERARIA •

VLAMINCK Y LA BUSQUEDA DEL ESTILO

CARLOS ANTONIO AREAN

En la base del arte está el ins-tinto... Me esfuerzo en pintar con el corazón y el lomo, sin preocuparme por el estilo. Esta curiosa afirmación de Maurice Vlaminck es profundamente representativa, no solo respecto a la imprecisión que en torno a los más elementales conceptos plásticos suele darse, a veces, entre pintores, marchantes e incluso críticos, sino también respecto a la poderosa personalidad de Vlaminck. Este gigante enamorado de la pintura de Van Gogh, a quien, según otra de sus confesiones, llegó a amar más que a su propio padre, se pasó la vida buscando su propio estilo, aunque creyese despreocuparse enteramente de dicha búsqueda. Pintaba, según él, con el corazón y el lomo, cosa bastante exacta, ya que su obra es poderosamente instintiva —corazón en suma— y se halla pintada, además, con una atlética resistencia. Su lomo soportaba la creación de un cuadro tras otro, igual que habría soportado transportar kilos y kilos sin esfuerzo aparente. El color, instintivo y brutal, salía puro del tubo y no admitía ni mezclas, ni matizaciones, ni tonalidades interpenetradas. Podría afirmarse que Vlaminck realizaba —aunque no a la manera actual; tómese la afirmación tan solo como una imagen— pintura de acción. Lo fundamental era para él la propia acción de pintar —la pasión y el esfuerzo con que arrojaba el color sobre el lienzo—, y por eso creía haber renunciado a toda preocupación estilística. Es preciso, por tanto, intentar descubrir antes en qué consiste un estilo, para comprender luego cuán profundamente se equivocaba Vlaminck respecto al sentido final de su propia obra.

El término estilo es uno de los más difíciles de definir entre los empleados en el vocabulario artístico. Prescindiendo ahora de lo que pueda significar en música y poesía, es decir, en las artes temporales, son suficientes los problemas que nos presenta en las espaciales para que intentemos llegar a él por aproximación, de una manera genética y no apriorística. Toda cultura desea expresarse a ella misma por medio de formas. Hay, por tanto, una bien neta —aunque no se la defina con palabras— voluntad de expresión formal en cada una de las culturas que se han sucedido sobre la tierra. Religión, estructura social, concepto del mundo, arte, literatura, todo traduce de una o de otra manera esa soterrada voluntad de expresión formal, esa ansiedad o esa placidez, esa angustia o esa serenidad que serán el patrimonio intransferible de cada cultura concreta. Cuando llegamos a la creación artística, será preciso que los creadores de las formas estéticas de cada cultura seleccionen entre todas las técnicas posibles (y sin olvidar las limitaciones que el material y la finalidad a que sea destinada la obra impongan) aquéllas más en consonancia con lo que desean expresar. La obra obtenida será la resultante de esa voluntad de expresión formal servida por la técnica seleccionada. El estilo será la manera como ambas se objetivan en la obra creada.

Dentro de una determinada cultura hay evoluciones en la voluntad de expresión formal. Las formas ya utilizadas parecen gastarse y surgen —siguiendo generalmente un proceso dialéctico— otras que las sustituyen. Exige ello modificaciones en las técnicas, con las consiguientes modificaciones estilísticas. Cada artista concreto representa, además, un caso particular dentro de la voluntad de expresión formal genérica de su cultura y su siglo. La técnica, leyes de tipo general, se convierte en cada artista concreto en oficio personal, al que él aporta su individual e intransferible manera de hacer, su interpretación de unas reglas previamente creadas y (hasta que él las haya personalizadas) neutrales y aptas para múltiples fines. El estilo de un artista será, por tanto, la resultante de la peculiar manera como se individualiza en él la voluntad de expresión formal característica de su coordenada tempoespacial, servida por un oficio al que él aporte asimismo determinadas notas intransferibles, fruto de su libertad individual.

Planteado así el problema del estilo, obvio es que Vlaminck lo ha perseguido en todo instante con ímpetu infatigable. Europeo llegado al momento creacional en el primer tercio del siglo XX, deseaba, como sus antepasados renacentistas o medievales, dejar su impronta personal, clavar su zarpa de hombre de acción, tanto en el lienzo como en la historia. Su pasión era un incansable afán de actividad, heredado de los inventores del gótico o de los conquistadores de América. En cuanto a técnica, selecciona la más directa, la que le permite, no obstante,

PECILEN-COLIMICINA®

Sinergia
Colistina
Penicilina



independizar más rigurosamente los valores plásticos, liberando tanto al color como al arabesco—inolvidable lección de su admirado Van Gogh, de Gauguin, de Matisse— de toda imposición rígidamente representativa. Estas reglas técnico-problemáticas, al convertirse en oficio en su quehacer personal, se tiñen de suprema arbitrariedad, de incontenible energía, de desbordante inquietud e intransferible ansiedad. La re-

sultante de todo ello es un característico estilo, un estilo inconfundible, lleno de fuego y color, lleno de impulso, distorsión y delirio, un estilo que Vlaminck buscó apasionadamente y convirtió en suprema finalidad de su vida, aunque creyese no haber pretendido jamás hallarlo. Iluminadora lección ésta de Vlaminck, que nos prueba que todo auténtico artista objetiva estilísticamente en todo instante su propio mundo.